

imprimirlas todas en su corazón, y que en él las sintiese. Contemplaba primero que el peso grave de su cuerpo colgaba de los dos clavos de las manos, y los brazos estirados y todo el cuerpo extendido con violencia, la cabeza barrenada con espinas, el rostro enroscado de golpes, el cuerpo abierto de llagas; finalmente, ninguna cosa, por menuda que fuese, dejaba la Madre de advertir y en que no ponderase los dolores increíbles de su Hijo. ¿Quién creará las lágrimas que entonces derramó, pues que muchos cristianos de solo oír esta historia con mediano amor de Cristo se resuelven en ellas? ¿Qué sería la Madre, y teniendo la historia presente? Aumentábasele los dolores con lo que veía á los judíos hacer y á los carniceros: unos mofaban moviendo la cabeza, otros repartían las vestiduras hechas por su mano, otros con desvergüenza le ofrecían hiel y vinagre, bañando con ello su pecho y sus llagas, con que se aumentaban los dolores; los demás no perdonaban cosa que fuese burla, injuria ó tormento. ¿Cuál estaría el alma de la Virgen oyendo tantas blasfemias, injurias, mofas, calumnias de fariseos, judíos, soldados y ladrones? Unos ponían dolencia en los milagros y les daban al demonio por autor, otros calumniaban la doctrina, otros burlaban de la vida; finalmente, no había quien no hiciese suertes en aquel manso Cordero, y aun á la misma Virgen (por ventura) no faltaba quien injuriase y deshonrase. Las palabras del Hijo, aunque pocas y breves, penetraban el alma de la Madre, así por el trabajo con que se decían como por el amor con que se hablaban, como por los sollozos con que se mezclaban, como por la dificultad con que por la sed salían; porque el mismo Cristo dijo antes en un salmo: Pegóseme la lengua al paladar. Crecía en la Madre la pena por la caridad con que el Hijo hablaba, y tan mal agradecida, porque hasta allí en la vieja ley nunca se vió rogar por los enemigos; antes Eliseo rogó contra los muchachos que le mofaban, y David, bien que perdonó á Semei cuanto le duró la vida, pero en la muerte dejó mandado á Salomón que vengase aquella injuria. Pero Cristo á los que le crucificaban, no solamente perdona cuando vive, pero muriendo ruega al Padre que los perdone. Otro tiempo vengó Dios un desacato ligero cuando Oza llegó con menos reverencia á su arca; los betseemitas, porque la miraron con curiosidad; al pobrecillo, porque hizo un haz de leña el día del sábado, le manda el mismo Dios apedrear. Pero el Hijo de Dios, no solo cuando le miran sin reverencia ni cuando le tocan con las manos, pero cuando le tratan cruelmente con penas y tormentos, azotado, despedazado, no solamente no da mal por mal, pero, sin ser rogado, pide con instancia al Padre que no lo demande. Maravillábase la Madre de la mansedumbre y misericordia del Hijo, que á un ladrón tan pecador y facineroso por una sola palabra le perdonase tantos pecados y le prometiese el paraíso. La tercera palabra sacó grande abundancia de lágrimas á la Madre, considerando, lo uno, la grande piedad con su madre, de quien entre tantos tormentos se acordaba; lo otro, por la desigualdad del trueque de un Hijo santísimo y Hijo de Dios por un pescador, hijo de otro pescador. En la cuarta palabra también entendía las interiores ansias de su Hijo, á quien el Padre

con niugun socorro acudia; antes estaba blandiendo la espada, como Abraham, sobre su hijo. En la quinta palabra entendía la gran sequedad de humores de su cuerpo, la sangre agotada y las generales penas de todos sus miembros. En la sexta entendió la perfecta resignación de su Hijo en la voluntad del Padre, y el amoroso deseo y la prontitud de padecer aun más, si menester fuese, por los hombres; y todas estas palabras, aunque las asentaba y repetía en el corazón, y aprendía dellas y del ejemplo de su Hijo, pero causaban en su alma increíble tristeza y ternura; pero en la última palabra, en que entendió haberse partido su Hijo al Padre y quedar ella desamparada de su presencia y compañía, aunque atento al bien del mundo y estar ya cumplidos y acabados los tormentos increíbles de su Hijo, pero alligábasele la ausencia de aquel Señor, de cuya suavísima conversación había gozado treinta y tres años; así que, dolíase de su suerte, aunque se holgaba de la de su Hijo.

El sentimiento que esta Señora tuvo cuando vió á su Hijo muerto no nos lo dicen los evangelistas, no porque uno de los que escriben la historia no se hallase presente y participase de la amargura, de la muerte de su Señor y Maestro, sino porque el entendimiento humano no es capaz de tan profundo y altísimo pensamiento; pero dicen los evangelistas el que las criaturas insensibles tuvieron, para que de allí entendamos algo del que tuvo y padeció la Madre de Dios; como hizo aquel famoso pintor Timántes, que, pintando la lastimosa muerte de Ifigenia, hija del rey Agamenón, habiendo pintado al derredor mucha gente lastimada, unos alzados los ojos y las manos al cielo, las mujeres rotos los tocados, los viejos bañadas las barbas canas con arroyos de lágrimas, y otros con otros semblantes de compasión, cuando llegó á pintar al padre de la doncella, que estaba presente, no llegó el arte á saber pintar su tristeza y dolor, porque todo el encarecimiento que él alcanzaba con su arte había puesto en los extraños, que no le habían nada á la defunta, y á pena de mala pintura, había de exceder la tristeza del padre tanto á la de los demás, cuanto va del amor de padre al del que no lo es. Así, no se atreven los evangelistas, después de haber dicho que la Virgen estaba presente en pie, á decir cuánta era su pena, así porque por su prudencia no la mostraba toda, como por haber puesto en la historia el sentimiento de tanto extremo de las demás criaturas; porque el sol se puso luto, escureciendo su luz fuera del tiempo y órden de naturaleza, porque no lo era de eclipsi del sol, pues, según la cuenta del Evangelio, eran quince días de luna, ni había nublado, ni cuando le hubiera, ninguno era bastante á causar tanta obscuridad; las piedras se quebrantaron, dándose unas con otras, para denotar que ninguna cosa, por dura que fuese, podría imaginarse que con aquel tan doloroso espectáculo no se quebrantase; el velo del templo se partió en dos partes; algunos de los mismos enemigos de Cristo que á ver este espectáculo habían venido, como el Evangelio dice, quizá para hablar sus ojos de lo que tanto habían deseado y no les había sido lícito hacer por sus manos, volvieron lastimados, dándose golpes en los pechos, de puro dolor y compasión. Pues si esto había en las cosas insensibles, en

el sol, sin tener conocimiento, que echase la capa encima de tanta crueldad como indigna que con ojos humanos fuese vista; si en las piedras hay compasión, si en los enemigos, mas duros que piedras y mas ciegos que las mismas tinieblas, que con hambre y sed insaciable de la sangre habían allí venido, ¿qué queda para decir? ¿Cuál sería el sentimiento de su misma Madre, sola, sin padre, santa, tierna, amorosa, en muerte tan cruel de Hijo tal y tan santo, tan obediente, tan inocente, tan bienhechor, tan caritativo, tan manso, y al fin Dios? Verdaderamente excede tanto á todo criado entendimiento, que el mas agudo y desocupado puede tender las velas sin temor de llegar al cabo esta consideración.

Pero para encaminar á los que no saben considerar las penas que esta Señora padeció, pues es necesario para conocer cuánto son menores la suyas y para exagerar la paciencia que ella tuvo en ellas, de cuántos quilates era, será bien poner aquí alguna breve consideración. Lo primero, considera qué tal quedaría la Madre la hora que vió dar el espíritu á su Hijo, diciendo: ¿De esta manera aparta los hombres la muerte amarga? ¡Ay de mí, Hijo mío y Dios mío! ¿Dónde vais? ¿Por qué vais sin vuestra amada? Dejaisla sola, viuda y desconsolada, y ¿os vais solo sin ella? Llevais con vos un ladrón por haberos confesado con sola una palabra, y á la Madre, que tantos años y con tanto trabajo fué vuestra compañera, ¿la dejais sola y desacompañada? Estas y otras palabras decía la Madre, pero toda conforme con la voluntad del Hijo; porque, si el Apóstol deseaba morir y verse con Cristo, ¿cuánto mas y con mas tiernas entrañas lo desearía la Madre, pues tanto va de Madre á siervo? Pues cuando viese el terremoto y el quebranto de las piedras, abrirse los monumentos, y los demás milagros que muriendo y padeciendo su Hijo se vieron, cómo enternecieron al centurion y á los soldados y judíos presentes, ¿cuánto mas á su misma Madre? No de espanto ni temor como ellos, sino de amor, tristeza y reverencia. Dolíase de ver tratado tan cruelmente de los judíos aquel cuyo advenimiento hizo temblar el mundo, á cuya muerte mudaba la luna su curso, escondía el sol su luz; encendíase en amor del Señor, que, siendo Dios tan poderoso, holgase de padecer por hombres vilísimos tanto tormento y castigo tan afrentoso, y con grande humildad y reverencia, en nombre suyo y de todo el linaje humano, le daba infinitas gracias. Una de las cosas que mas tormento le daban era pensar cuántos millares de hombres había de haber que no se aprovecharan de tan inestimable caridad y beneficio; pero en el párrafo siguiente trataremos un poco mas de espacio de lo que sucedió.

§. III.

De lo que la Virgen padeció desde el punto de la muerte de su Hijo hasta la suya.

Acabada de salir aquella alma santísima de aquel cuerpo despedazado, quedó en él impresa la triste figura de la muerte; así como la ausencia del sol y de la luna deja la noche oscura y triste. Aquí se cumplió lo que los profetas dicen cuando en el Redentor hallan

fealdad, y lo que Esaiás dijo: Vímosle como leproso, como maltratado de la mano del mismo Dios y humillado, y no le conocimos ni tenía figura de hombre. ¡Oh Señor, que criastes hermosos y de buena gracia á los ángeles y á todo lo criado! ¿qué es de vuestra hermosura? Hermosísimo Absalón, colgado del árbol de la cruz, no por vuestra traición, sino por la mía, ¡cuán otro parecer es el vuestro agora de aquel que teníades en el monte Tabor! ¡Oh árbol de la vida, donde se coge la fruta madura con grandes trabajos, que ha de quitar la dentera que causó al principio la fruta verde y mal sazuada! Al pié de la cruz estaba la Madre de Dios afligida, acompañada de unas pocas mujeres tristes, que con sus lágrimas la lastimaban mas el corazón; pero, como una tortolita, gimiendo con unos suspiros que encendían el aire, que, alcanzándose unos á otros, salían de aquel pecho afligido, con aquella modestia y gravedad que á Madre de Dios convenia, diciendo dentro de sí las palabras dichas y otras, y saliendo algunas fuera con la fuerza del dolor. ¿Qué culpas cometistes, bondad inmensa, para que tal os haya parado la justicia del Padre eterno? ¡Oh figura de la serpiente, levantada en alto en este desierto! ¡Oh arpa de David, estirada con las clavijas de hierro, cuán acordada música haceis en las orejas de Dios, que aplaca su ira contra los hombres! ¡Oh amado de mis entrañas! ¿cómo puedo decir que os amo estando viva, teniéndoos muerto delante de mis ojos?

Pero destos dulces sentimientos la retiraba la solitud cerca de la sepultura del Hijo, aunque había leído que sería gloriosa; pero, porque el cumplimiento de aquella profecía requería manos de hombres, no faltaba cuidado hasta verla cumplida. Pues cuando los carniceros allegaron, enviados de Pilato, á quebrantar las piernas á los ladrones, con escaleras y tenazas, martillos y destrales, toda tembló la Virgen, temiendo y rogando á su Hijo que no permitiese en su santo cuerpo tal carnicería; pero, mientras ellos entendían en acabar con crueldad aquellos hombres, Longinos, centurion, á quien, según el Metafraste, se había encomendado la guarda del cuerpo de Cristo, llegóse cerca y abrió el lado derecho con una lanza hasta el corazón. Esta herida no la sintió el Señor, por estar ya muerto, pero bajó al corazón de la Madre á dar el golpe, el cual ella sintió mas que otros, por haber quedado sola á lo sentir; y entonces vió puesto al sol de justicia, y escurecido con los nublados de la muerte, volver á llover, al poner de la luna de su vida, aquella poca de agua y sangre, y luego comenzó á dar fruto en la tierra, pues los ojos secos de Longinos, según se dice, regados con aquella agua, reverdecieron y vieron la luz del cielo. La gloriosa Madre, deseosa de abrazarse con aquel santísimo cuerpo, que había salido de sus entrañas, y viendo que no le era posible ni tenía licencia ni escalera para bajarle, temiendo no la hallase la noche con este deseo, con una santa envidia que al santo árbol de la cruz tenía, le decía que bastase el tesoro que había alcanzado en verse bañada en sangre de su Hijo; que abajase los brazos y se olvidase un rato de la dureza y rigor que la naturaleza le había dado, para que ella pudiese alcanzar á gozar siquiera de aquel cuerpo des-

figurado. De donde la Iglesia parece haber tomado un verso de los devotísimos himnos de la cruz.

A este tiempo, idos ya los soldados, llegan dos hombres nobles, Josef y Nicodémus, con el remedio, cargados de escalera, tenazas y otros instrumentos para bajar el cuerpo santo, y de unguentos y sábana y otras cosas para darle honrada sepultura; y podría ser que al principio fuesen causa de temor á la sagrada Virgen antes de conocer á la gente, aunque, después de conocida, se esforzó. En todo se hubieron con gran reverencia, ayudando la Virgen con gran dolor á aquellos últimos oficios y servicios del cuerpo que parió, pues ella habia entendido en los primeros sola. Hacen primero adoracion á la cruz, suben con una escalera, quitan la corona, cuyas espinas habian penetrado la santa cabeza, pegada en ella y en los cabellos con la sangre cuajada y llena de polvo, y al redoblar de los clavos causaban los golpes gran sentimiento; quitan el de los piés, y luego el de la una y otra mano; dieron clavos y corona á los que estaban abajo esperando para recibir los despojos; guardábalos la Virgen encomendándose, bañándolo todo con lágrimas. ¡Oh clavos, que habeis atravesado mi corazon! ¿cómo os atrevistes á romper la carne de vuestro Criador? ¡Oh clavos, que habeis sustentado al que sustenta los cielos, de vosotros ha estado pendiente el fiel peso de la justicia divina y el contrapeso del pecado del mundo! Oh corona de todas las coronas, que merecistes estar en la cabeza de la Iglesia! Oh espinas, que, entrando por la santa cabeza, habeis llegado á lastimar mi corazon! Oh juncos, criados en el agua de la mar, y agora regados con la sangre y mar de misericordia de mi Hijo! Oh corona, que eres gloria y honra de los pecadores y verdugo de mi alma! Oh corona, esmaltada con esmalte de la sangre de que una gota vale mas que el cielo! etc.

Luego con la sábana bajan con reverencia el santo cuerpo, el cual á esta sazón espera la Virgen con los brazos abiertos para recibir aquella santa reliquia: cógela entre los brazos, haciendo con ellos un ñudo ciego; siéntase en tierra y mete su rostro virginal entre las espinas que de la corona se habian despegado y quedaron fijas en la cabeza, juntando boca con boca, y mezclando las lágrimas con la sangre, comienza á lavar aquel rostro empañado. ¡Oh vida mia muerta, lumbre de mis ojos oscurecida! ¡Oh sol de alegría eclipsado! Oh rosa divina! ¿cuáles han sido las manos que así os han sobajado y marchitado vuestra hermosura? ¡Oh espejo claro y resplandeciente, en quien se miran los ángeles! ¿quién os ha empañado? Cercan todos el cuerpo, bañándole en lágrimas; llega la Magdalena, abrázase con los piés: ¡Oh piés de mi Redentor, que por andar á buscar esta oveja perdida os habeis lastimado con clavos! Llega san Juan, pone su boca en el costado: ¡Oh pecho divino y sagrado, archivo de los tesoros de Dios, de otra manera estáis agora que ayer cuando me recosté yo aquí! Oh cámara real, de donde yo fui secretario, que agora estais abierta, sin puertas ni cerraduras! Las Marías se entregan de aquellas manos de su querido sobrino, de quien tantas bendiciones habian recibido: ¡Oh manos, que con lodo daban vista á los ciegos! Oh manos, que en tocando los leprosos luego quedaban lim-

pios! Oh manos, que de cinco panes de cebada sacaron hartura para tantos millares de hombres! Pero la Madre, abrazada con todo el cuerpo y ánima, le contemplaba mas en particular que todos. ¡Oh boca de mil gracias, de donde tanta suavidad de doctrina ha procedido! ¿quién os ha hollado? ¡Oh ojos piadosos, que con tanta misericordia mirábades á los afligidos! ¿quién os ha quebrado? ¡Oh pecho divino, tan tierno para los pecadores! ¿quién os alanceó? ¿tanto os apretó el amor de los hombres, que, no cabiendo en el pecho, fué menester desabrocharlo con tan grande herida? ¡Oh lanzada y puerta de paraíso, por do se da entrada para el cielo! Oh ventana del arca de Noé, por do se ha de salvar el linaje humano! Oh manos largas para hacer mercedes al mundo, rasgadas con clavos, que hasta en esto quisistes ser maniroteo con los hombres! Oh hermosísimo Josef! esta es la ropa inconsútil que sacastes de mis entrañas, ¿cómo la veo rota y ensangrentada? La fiera pésimas de la envidia la despedazó. Con estas y otras palabras mostraba la Virgen el sentimiento del corazon, contemplando y mirando lo que no habia tenido licencia de ver cuando se padecía: miraba cada llaga por sí, la sangre y cardenales, las puñadas, azotes, punzadas de las cañas y corona; las salivas, el polvo, los cuajarones de sangre, y principalmente contemplaba la llaga del costado, por donde veia lo que nunca habia visto: las entrañas y corazon de su Hijo. Pero, porque venia la noche del mundo sobre la que tenia la Madre y las devotas mujeres en el corazon, llorando sin descansar, que les fuerza á despedirse del Amado y darle sepultura, tiéndenlo aquellos varones en una sábana y cargan en sus hombros aquel racimo de la tierra de promision, caminan adonde estaba el sepulcro con un *Ne recorderis* de los pecados del mundo. Seguía la cansada Madre, acompañada con aquellas santas mujeres; los suspiros y sollozos se respondian unos á otros. Ponen al Señor en el sepulcro y encima una piedra pesada, que cargó sobre el corazon de la Madre.

Muchas otras cosas pasaron, y ellas y estas tienen mucho que considerar para entender el desconuelo que poseyó el corazon desta Señora; y aunque ninguna de las que en toda la vida la trabajaron fué semejante á las deste día, pero al fin se habian de trocar dentro del tercero, y en esto les hizo ventaja el día (aunque por otra parte alegre) de su gloriosa ascension, desde el cual quedó por muchos años del todo sola del Hijo que tanto amaba, y ya glorioso y sin sobresalto de verle padecer como antes; y si al pié de la cruz habia tanto sentido el trueque de tal Hijo natural con san Juan Evangelista, que tanto le era diferente y no le habia parido, pero hasta el día que subió el Señor á los cielos, no tuvo por qué echar de ver la baja deste trueque, porque allí se tenia cuarenta días á su hijo glorioso, que cada rato la visitaba y consolaba; pero desde este día hasta su muerte le sintió, careciendo de la suave presencia corporal de su Hijo. San Agustin confiesa entre sus pecados que, muriéndosele un amigo, no se podia consolar mas que si su alma fuera divisible en dos partes, y le quedara sola una en las carnes y la otra le hubiera desamparado, y lloraba esto con tanta perplejidad, que no sabia si le pesaba con la vida, ó si se hol-

garia con la muerte hallando en todo inconvenientes nacidos de la pérdida del amigo. Cuando Elias subió al cielo, comenzó Eliseo á dar grandes voces: Padre mio, Padre mio, carro y carretero de Israel; que el sentimiento no le dejaba decir las razones enteras. ¿Qué tienen que ver Eliseo ni Agustino con la Madre de Dios ni los que ellos perdian, con su Hijo, que era su alma, vida y consuelo, su cabeza, su corazon, su luz, su rey y señor? No puedo entender sino que esta consideracion á solas le daba gravísimo dolor. Pues, si juntamos el que recibia cuando los apóstoles eran perseguidos, y los que confesaban la fe de su Hijo, martirizados con graves tormentos, ¿cuál seria el que sentia en su alma y cuando vió que los apóstoles quedaban aun con muchas rudezas y imperfecciones? Pues la larga ausencia que, segun el que menos cuenta, fueron doce años hasta su santa muerte, y otros mil trabajos que no se cuentan. No hay duda sino que ninguna persona fué tan trabajada en los hijos de los hombres después de su benditísimo Hijo.

§. IV.

De cuán graves fueron los trabajos de la Virgen.

Suelen algunos devotos de la Virgen, cuando tratan de sus virtudes y alabanzas, usar de muchos encarecimientos con poco fundamento, como si ellas tuviesen necesidad de sus quimeras para ser con ponderacion alabadas; con lo cual, y con muchos superlativos desacompañados de razones, antes hacen las orejas de los oyentes á creer que todo aquello es no otra cosa sino devocion y reverencia que se debe y tiene á la Madre de Dios, mas que rigor de verdad; y esta falta no está todas veces en el encarecimiento, que muchas dellas cabe todo él por grande que sea, y mucho mas en la alabanza desta Señora, sino en dejársela sin probarla con alguna buena razon ó conjetura. Agora en este párrafo quiero usar de una exageracion que lo parece y no lo es; lo cual se ha de probar con razones, y es una cosa que suele decirse de los trabajos de la Virgen, que fueron mayores que todos cuantos padecieron todos los mártires juntos; lo cual sin mas razon ó declaracion solo parece manera de encarecimiento, y que, venido al rigor de la verdad será dificultoso de averiguar y creer, por ver que los tormentos, especialmente de algunos mártires, espeluzan los cabellos con solo el pensamiento, como son muchos de los que en los discursos pasados se refieren; y tras esto, la muerte violenta que recibieron, que es la última de las terribilidades, como Aristóteles dice, la cual no padeció la Virgen, antes murió sin sentir los dolores de la muerte, como parió sin sentir los del parto. Pero, no obstante esto, está tan léjos de ser demasiado encarecimiento, que no igualan con mucho los trabajos de los mártires con los de la Madre de Dios, ni cuantos se han padecido en el mundo entre cristianos y gentiles y todas otras naciones; y hablamos aquí de la fuerza del dolor ó trabajo; que claro está que muchos otros padecieron muchos trabajos y dolores, los cuales no padeció esta Señora. Y esto verifica lo que san Juan Crisóstomo dice de los apóstoles y mártires, que padecieron mas cosas que el Redentor; entiéndese de algunos géneros de trabajos y tormentos, como tormentos de

cuerda, el fuego de san Lorenzo y otras cosas muchas que leemos haber los tiranos inventado para atormentar los cristianos, los cuales no padeció Cristo; pero, no obstante esto (como adelante se dirá, en el discurso que se sigue á este), ninguno llegó con muchas leguas á igualar con su santísima pasion, por las razones que allí se dirán. Así decimos de la Virgen, que, aunque otros padecieron muchos géneros de tormentos y dolores que ella no padeció, y esto por especial providencia de su Hijo, porque no convenia á su honestidad ni á la honra del Hijo que fuese azotada ni desnuda, como otras santas lo fueron, ni que fuese afligida con las torpezas y deshonestidades que á otras santas fueron ofrecidas, ni que los sayones tocasen á aquel limpiísimo y santísimo templo de Dios; pero que en los dolores que padeció, especialmente en el día de la pasion de su Hijo, fué mas atormentada que los mas señalados mártires en los suyos. Esto es lo que en este párrafo se pretende decir.

Y esto está claro, presuponiendo que tanto y no mas es el dolor que de una cosa tenemos, cuanto es el amor de la que se pierde ó lastima; de donde nace que los hombres no hacen tanto caso de la pérdida de la hacienda, cuanto de la honra ó la vida; y entre lo que es hacienda, lo que es menos sienten con mucho menos dolor que se pierda que lo que es mas; y cosa puede ser que la tengan en tan poco que poco ó ningun dolor sientan en perderla; y si acaso por alguna via tienen á lo que se pierde algun aborrecimiento, como á la sentencia en favor del contrario, en el pleito que traen, ó á la enfermedad, etc., antes reciben con la pérdida de ella mucho contento. Agora está clara la diferencia de los mártires á la Madre de Dios, porque ellos padecian en la cosa que mas aborrecian, que era su propia carne, á quien por el amor de su Dios tenian siempre perpetua y mortal enemistad y en perpetua penitencia y sujecion; por eso ninguna cosa podia en ellos hacer el tirano, que ellos infinitas veces no hubiesen deseado y procurado. ¿Qué quereis? ¿Cárcel? Como en estos encerramientos he yo tenido á esta enemiga. ¿Qué? ¿Azotes? Yo me los he dado y doy cada día. ¿Qué? ¿Hambre? ¿Qué es lo que yo he deseado y procurado, sino que mediante ella no se levante esta carne contra mí por estar regalada? ¿Qué es? ¿Tormentos y muerte? No hay cosa para mí mas deseada; porque en los tormentos el ser cosa mia me templaba la mano para dárselos, y la muerte no tuvo licencia de su dueño y señor para dársela; bendito sea Dios, que he hallado el cumplimiento de mi deseo. Así como cuando tiene uno un brazo podrido, que le va la vida en cortarle y no se atreve por no quedarse al medio camino, porque rehuye como es cosa suya. Y san Pablo dice que nadie tiene aborrecida á su carne; lo cual entiendo de amor natural; y así, la misma naturaleza le detiene la mano, le quita la fuerza, le oscurece la vista y le enflaquece el ánimo; y así, para cortarse el brazo se hace atar, ruega, paga, y sobre eso agradece á un cirujano porque se le corte. Así hacia el mártir cuando hallaba quien le afligiese su carne, como para la vida y salud de su alma era menester, y para gloria de Dios; lo cual no solo no merecia nombre de tormento para ellos, mas antes gran contento; como

no podríamos creer de nuestro rey que, trayendo guerra con un rey infiel le pesase del mal suceso de su enemigo, pues ayudaba á la vitoria que él pretendia. Así los mártires, en la perpetua guerra que traen con tan importuna y perjudicial enemiga como es la carne.

Pero la Madre de Dios padecía, no en lo que aborrecia, sino en lo que mas que á las lumbres de sus ojos amaba, que era la persona de su benditísimo Hijo; y así, era el dolor sin excusa ni consuelo; y por eso, en lo menos que padecía eran mas graves los dolores, que en lo mas que los mártires sufrieron. Una cosa advierte un doctor digna de consideracion, y es que los que no se hallaron presentes á la compasion del Señor en su pasion, pasaron al cielo por martirio, como los apóstoles; pero los que allí se hallaron se les contó por martirio el dolor que allí recibieron, y murieron sin otro, como parece en san Juan, Santa Marta, la Madalena y san José, esposo de la Virgen, que san Agustín dice que entonces era aun vivo, y san Jerónimo lo da á entender y otros; ¿cuánto mas la Virgen, que con mas razon padeció allí mas que todos? Porque era hijo suyo muy amado con mil maneras de amor el que padecía. De aquí es lo que otro doctor devoto dice que, así como los santos mártires traen en las manos la causa ó instrumento de su martirio: santa Catalina la rueda de navajas, santa Apolonia las tenazas, san Lorenzo las parrillas, y así los demás mártires; así trae la santísima Virgen en sus imágenes el cuchillo de su dolor en los brazos, que es á su Hijo benditísimo, que fué toda la causa de su tormento y martirio, allende de otras razones.

Ahora resta una duda sobre lo que añadimos, que no igualaban con sus dolores de la Virgen, los trabajos que ha habido en el mundo de los gentiles y otras naciones; la cual nace de la razon con que averiguamos que los de los mártires no igualaban, porque ya que ellos, por lo que amaban á su Dios, aborrecian á sí mismos y á su propia carne; pero los gentiles, moros y malos cristianos vienen á quererse á sí mismos y á su carne propia tanto, que llegan por ella á aborrecer á Dios y á tener en poco sus hijos y haciendas, porque son ciudadanos de aquella ciudad de Babilonia de quien habla san Agustín, cuyos ciudadanos aman á sí mismos tanto, que llega este amor hasta despreciar á Dios. Y pues vemos que entre estos ha habido grandes trabajos y dolores, á lo menos no corre aquí la razon de los mártires, porque los sentian como cosa padecida en lo que mas aman en el cielo y en la tierra, mayormente que ha habido algunos riquísimos, poderosísimos y regaladísimos, que así de parte de lo padecido como del que padece, habrán sido gravísimos sus dolores. A esto se responde que, dado que haya habido y haya hombres que quieran tanto á sí mismos, que vengan por este amor á tener en poco á Dios, y con esto hayan padecido muchos trabajos, no ha llegado el amor que todos ellos han tenido á sí mismos con muchas leguas, aunque mayor haya sido, al amor que la Madre de Dios tuvo á su Hijo, como mas largo se verá en el párrafo siguiente; lo cual los que tibia y cortamente amamos á Dios, no podemos entender del todo; pero los que saben qué cosa es amarle con muchas veras y con fervor,

saben cuánta verdad es esta; pues si la medida del dolor es la mesma del amor que se tiene á lo que se pierde y lastima, claro está que ninguno llegó á los dolores que la Virgen tuvo en la pasion de su Hijo, como ningún amor llegó al que ella le tuvo. Y así, queda siquiera abierto el camino para entender algo de la gravedad de las penas y dolores desta Señora, dado que cuáles y cuántas ellas fueron no podamos alcanzar ni apear del todo.

Aquí desea saber el contemplativo qué es la causa que, siendo la Madre de Dios tan querida de su Hijo sagrado, consintió el piadoso Señor que ella se hallase presente á su pasion y á los dolores particulares della. Como sea tan natural el amor y piedad de nuestras propias cosas, que muchas veces guardan los discretos dellas mas que de sus propias personas las ocasiones de algun fuerte dolor, como hizo un hombre noble que mucho amaba á su mujer, que, habiendo de recibir una dolorosa cura con fuego en cierta enfermedad suya, dió orden como se hiciese, no solo en ausencia de la mujer, pero que no lo supiese ni entendiese; porque, no siendo necesaria la presencia no es justo que reciba un dolor tan grave, que no seria tanto si ella lo padeciese. Fuera desto, aun cuando sangran á un enfermo, vuelve los ojos á otra parte por no ver herida aun tan ligera. Pues ¿por qué sin ser necesaria la presencia de la Virgen ordenó el Señor que no faltase á cosa ninguna de las mas dolorosas de su pasion, de donde habia de resultar tan grave tormento á un alma que tan sin culpa habia nacido y vivido como la de la Virgen? Respóndese que en esto se ve cuánto mas cuidado tiene Dios del bien del alma que del cuerpo de sus amigos, y como una de las cosas en que mas se esmera y muestra su amistad y amor paternal, es en enviarnos trabajos y ocasion de paciencia, á la cual responde tanto peso de gloria. Lo cual si supieran los que otro tiempo á esta palabra, el Señor sea con vosotros, respondieron, no preguntaran por respuesta: Si el Señor es con nosotros, ¿cómo nos han venido estos males? Porque antes por eso les habian venido. El bienaventurado, san Juan Evangelista comienza su *Apocalipsi* con estas palabras: Yo Juan, vuestro hermano, compañero en la tribulacion y en el reino y paciencia de Jesucristo; porque el que quisiere reinar ha de pasar por tribulacion, y el que dellas huye en esta vida, entienda que pierde no solo del fruto, sino de la semilla. Y si esto es así, justo era que donde habia mas amor que era con su Madre, se señalase en darle mas y mayores ocasiones de paciencia, cuales fueron las que tuvo en la pasion de su Hijo.

§. V.

De la paciencia que la Virgen tuvo en tan graves dolores y trabajos.

Declarado que son mayores los trabajos que la Virgen padeció que puede alcanzar nuestro entendimiento (pues fué un piélago dellos, derivado y nacido de otro infinito de los de nuestro Redentor, porque pensar que en un libro entero podrian recogerse los que en su vida padeció seria querer recoger el agua de todo el Océano en una escudilla, y para el intento deste libro, así como no es posible, así no es necesario ni seria muy

á propósito decirse todos, cuanto mas, que es de mucho mas provecho sacar algunos de los que no se escriben con la devota diligencia del propio pensamiento, fundado y guiado de la verdad del Evangelio y de los santos que escribieron algo á este propósito, agora resta ver lo principal deste discurso en esta última parte dél, que es la paciencia con que los sufrió, pues esta ha de ser la labor que pretendemos sacar deste dechado. Y pues la señal de la verdadera paciencia en los trabajos es salir dellos sin ofensa de Dios, bien probada quedará la de la Virgen, aunque no se considere mas de lo que la santa Iglesia nos enseña y manda creer, que desde el día que nació esta Señora, hasta el día de su muerte no se halló en ella un pecado mortal ni venial; de donde queda llano que en todos sus trabajos tuvo perfectísima paciencia, que con este argumento probamos en su discurso la del santo Job, por lo que la sagrada Escritura dice, después de haber contado los mayores trabajos y lo que á ellos respondia, que en todas aquellas cosas no pecó Job, ni habló cosa desconcertada ni desatinada contra Dios.

Pero es bien considerar una cosa tan milagrosa como la que se ha dicho de la Virgen, que en tantos trabajos desde niña, en tantas ocasiones de ira, de melancolia, tantos disfavores del cielo, que á cualquier persona de su edad y de su sexo pudieran provocar siquiera á alguna palabrita ó pensamiento descaminado. Tengamos por fe que no le hubo en ella; porque, dejada aparte la pobreza en que se vió en el parto y para criar al niño, siendo Dios tan rico y comunicando sus riquezas con las bestias y con los bárbaros y pecadores, que hubiese ella de ganar por sus manos lo que el niño Dios habia de comer y vestir, era menester mucha fe y mucha paciencia; dejada tambien aquella confusion en que se vió preñada delante de su esposo, que podia ocasionar á demasiada melancolia y quejas contra Dios; dejada la huida á Egipto, teniendo Dios poder para remediarla sin tanto trabajo ni sobresalto, y otras cosas semejantes, que parece cosa milagrosa no perder la paciencia, y asimesmo otras ocasiones; solo hablemos de la que fué verse al pié de la cruz donde su Hijo estaba colgado con tanta afrenta, donde todos, como cada uno podia, le atormentaban con befas, mofas, con afrentas, hasta los que con él padecian; y ver el cielo cerrado para lo que era dar favor á su Hijo, y el suelo indignado contra él, los apóstoles huidos, los judíos y soldados desgarrando sus carnes, y la Madre presente á todo. ¿Cómo tuvo paciencia para no hablar siquiera una palabra en su favor? ¿Qué mujer hobiera que, viendo maltratar á su hijo, no arremetiera como una leona á defenderle y á morir por su defensa, y sacar los ojos á quien le hiciese mal? Y de la Virgen no se lee sino que estaba allí en pié, ni se dice que habló palabra á todas cuantas cosas vió por sus ojos y oyó por sus oídos, tan inhumanas y crueles. Cuentan los historiadores que entrando de vitoria el rey Ciro en una ciudad del rey Creso, vencido de su gente y cautivo, un soldado, no conociendo al rey vencido, alzó la mano y alfange para matarle, y un hijo del Creso, mudo desde su nacimiento, viendo en su presencia alzar el alfange al soldado para matar á su padre, fué tanta la alteracion y la fuer-

za del amor que á su padre tenia, que antes que el soldado descargase el golpe, como reventando, alzó la voz que la naturaleza le dió en aquella tan súbita y justa ocasion, y dijo: No mates á mi padre. Tanta es la fuerza del amor, que hace milagros, da habla á los mudos, á quien la naturaleza, madre de todos, la habia negado.

Este caso hace mas milagrosa la paciencia de nuestra Señora, porque, comparado el amor de aquel mudo, que con su padre tenia con el que la Madre de Dios tenia á su Hijo, es comparar un grano de trigo con un monte, porque no hubo cosa en el cielo ni en la tierra tan amada de ninguna criatura cuanto lo fué el Hijo de Dios de su Madre. Lo cual parece claro si consideramos tres maneras que hay de amor, que en ella fueron halladas en supremo grado cerca de su Hijo. El primero es amor natural, el segundo se llama adquisito, que con la continua costumbre y conversacion adquirimos; el tercero es infuso de Dios en las almas, para amarle á él y al prójimo por él, segun aquello que san Pablo dice: La caridad de Dios se infundió en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fué comunicado. Con el primer amor, que es natural, aman todas las criaturas á su Dios mas que á sí mismas, porque, como es natural á todas las criaturas animadas y no animadas (como Ciceron advierte y la experiencia enseña) conservarse en el ser, mayor y mas natural es en todas ellas la inclinacion á amar aquel ser divino que todas las crió y todas las sustenta y conserva, y de quien dependen, que el estudio y diligencia de conservarse á sí mismas; en tanto que, si Dios pudiese padecer algun daño ó detrimento, todo el mundo permitiría antes acabarse que consentir semejante caso, como vemos que el brazo naturalmente se pone delante de la cabeza cuando ve venir algun golpe sobre ella, á recibirlo en sí, porque de la conservacion de la cabeza depende la del brazo, y todas las cosas se ponen á la conservacion del universo, aunque ellas se pongan á peligro. Así lo hacen las criaturas por su cabeza, que es Dios. Por lo cual se lee, que en el fin del mundo todas las criaturas se armarán para tomar venganza de los malos que en esta vida ofendieron al Criador de todo. Tambien es amor natural el que todos los animales tienen á sus hijos, aunque sean las fieras, que no parece que cabe en ellas amor. El amor adquisito que tenemos á Dios ó á las criaturas, se despierta y se cria y crece con el trato y conversacion y otros ejercicios de amistad; y el infuso viene del cielo, segun aquello que san Pablo decia.

Ahora veamos cuánta ventaja haga la Virgen á todo el mundo en estos tres amores. En el primero (fuera de aquella general razon, que es ser su Hijo Dios, á quien todas las cosas aman mas que á sí), tiene con excelencia la otra particular, que es ser Dios su Hijo, la cual ninguna criatura en el cielo ni en la tierra tuvo ni pudo tener sino ella; porque, ¿cuál de los ángeles pudo decir á Cristo: Tú eres mi hijo, como lo pudo decir ella? Pues cuán poderoso y fuerte sea este amor para con los hijos en todos los que los tienen, poca necesidad hay de probarlo, pues no hay animal tan fiero que, aunque tenga al hijo feo, torpe y ponzoñoso, no

le ame mas que á todo el resto del mundo, y ponga su vida á mil riesgos y peligros por su amor. ¿Qué hace una ave á trueque de no perder los que en el nido tiene? Déjanse tomar de los cazadores de su voluntad y hácense mansas. Las mujeres, por feos, sucios y monstruosos que crien los hijos, se tornan locas, brincándolos, cantándolos, chillándolos, sin haber de todas ellas quien con su hijo en los brazos tenga juicio; porque, aunque en ellos no parezca hermosura ni gentileza ni señal ni ocasion de ser queridos, los bailan, les dicen príncipes, arzobispos, emperadores, sin seso, sin recato de quien las oye, sin respecto á quien son ni á quien deben ser, ni á la gravedad y peso que deben á sus personas. Pues ¿qué se puede pensar de la Madre de Dios con su Hijo, hermoso, gracioso, santificador de los hombres, sabio, obedientísimo, lleno de dones y gracias y perfecciones cuantas pueden en un niño desearse ni imaginarse? Y sobre todo, sabiendo que aquel niño no tenia otro padre sino á Dios, segun la naturaleza divina, por donde era Dios verdadero, y que segun la humana no tenia padre en la tierra, que es causa y argumento de mayor amor. Porque el amor paternal que los hijos tienen, repartiólo la naturaleza entre padre y madre; pero aquí no habia entre quien partirse, porque sola ella le engendró en cuanto hombre; y lo mismo se colige por ser solo hijo suyo; porque, cuando hay muchos el amor de la madre se reparte entre todos, aunque no siempre en iguales partes; pero cuando es uno solo, todo el amor se lleva, y el dolor de su muerte es el mayor de los naturales. Y así, compara el Profeta el dolor del Redentor que habia de causar en su pueblo, al dolor de la muerte que suele haber del hijo que era unigénito y solo en su casa. Así que, en sustancia ni en circunstancias no se puede imaginar mayor amor natural que el que la Virgen tenia á su Hijo, porque ni hay mayor ni mas fuerte causa, ni por el consiguiente mayor amor.

Pues el amor adquisito, ¿qué mayor pudo ser que el que la Madre de Dios, adquirido en treinta y tres años de tan suave, dulce y santa conversacion con un mancebo hermoso y sabio, á sus solas, á quien naturalmente tanto amaba, sin haber tenido ocasion de quiebra, y siendo ella tan santa, y él el autor de los santos? ¿Qué palabra, qué obra saldria del uno y del otro que no abrasase el corazon de ambos en ardentísimo amor? Qué mas amor que aquel á quien parió, dió leche en la niñez; á quien crió y gobernó cuando mayorcito de edad, á quien sustentó del trabajo de sus manos, y trató y conversó cuando mancebo; á quien siguió y sirvió, sin apartarse de su lado, todos los días de su vida; con quien siempre trató los secretos de su corazon? Pues dime: de tan larga conversacion, de tan frecuente y ordinario trato, de tan continua compañía, ¿cuánto amor se criaria en tantos años? Pues si hablamos del amor infuso, ¿en cuánta gracia fué criada desde el primero instante de su concepcion en el vientre de santa Ana? ¿Cuánto aumentó cuando vino el ángel con la embajada? ¿Cuánto cuando parió al Hijo de Dios? Pues en sesenta y dos años que á lo menos se halla que vivió, como nunca perdió la gracia y amor de Dios, claro está que todas las obras que hizo fueron en caridad y fuertes para aumentarla; y ¿qué diremos de la plenitud de

gracia con que el ángel la saludó? Y ¿qué de la sombra que el Espíritu Santo le hizo para que concibiese y pariese al Hijo de Dios, y al cabo la plenitud como una avenida del día de Pentecostés, que bajó visiblemente sobre ella y los apóstoles? Pues siendo la caridad ó amor de Dios ó lo mismo que la gracia ó otra joya á su medida; teniendo tanta plenitud de gracia, claro está que es inefable la caridad con que á su Hijo Dios amaba; y aun todo parece poco cuanto se dice, cuando se ponen los ojos en los nueve meses que tuvo encerrado en sus entrañas al Sol de justicia, que enciende los corazones en amor y reparte la caridad y dones como quiere y el cuerpo santo y carne divina y la humanidad, en la cual aceptó lo que después padeció por medio, para comunicar á los hombres su caridad y amor. Pues si con tantas ventajas excedia á todo amor de padres á hijos, y de hijos á padres, ¿cuánta maravilla es que el hijo mudo hablase con la fuerza del amor, para que el otro no matase á su padre, y la Virgen, no siendo muda por defecto ni faltándole amor de su Hijo, estando presente, antes le tenia con tantas ventajas mayor, no solo no habla ni dice, no mateis á mi Hijo, viéndole maltratar de mil muertes; antes, al contrario, se hizo muda, que no se lee que hablase palabra? A esto se responde que esta es la prueba de su paciencia, de su prudencia y gravedad; porque esto tiene la paciencia, como un santo varon decia, que es ser muda que no sabe hablar, y menos al tiempo y punto del trabajo. De donde David decia que cuando se vió en el trabajo de Semei, ni aun buenas palabras no hablaba. Y de aquí se conoce otra excelencia de la paciencia de la Madre de Dios, que es el trabajo que padeció en volver las lágrimas al corazon y las palabras al pensamiento, con que suele el alma desahogarse y aliviar sus penas y dolores, á trueque de mostrar la paciencia que su Hijo queria que tuviese. Buen lugar era este para acabar este discurso con una exhortacion á paciencia, con ejemplo tan poderoso; pero cáese y avergüenzase la pluma cuando piensa poner delante de tan increíbles trabajos nuestras niñerías, de que nos quejamos, y la poca paciencia que tenemos en ellas, rodeada de cien mil imperfecciones y faltas; así que, sola la vergüenza que nos causare la meditacion de los trabajos y paciencia de la Virgen, basta para esforzarnos, no solo á padecer, sino á desear que Dios nos envíe mas y mayores trabajos para gloria suya.

DISCURSO VIII.

Del ejemplo que de paciencia tenemos en Jesucristo nuestro Señor, para sufrir con ella nuestros trabajos.

Entre todos los ejemplos propuestos y los que en esta vida puede haber de paciencia, ninguno merece este nombre, comparado con la que el Redentor tuvo en sus trabajos, porque este fué ejemplo de los demás ejemplos que della ha habido y ha de haber entre cristianos. Y cuando decimos que es ejemplo de paciencia, no es para que piense nadie que puede llegar, aunque mas le parezca que tira la barra, con la suya y sus trabajos á igualar con la que el Redentor tuvo, sino para que, puesto delante de los ojos lo que padeció, y con cuánta paciencia, la tenga todo hombre en sus trabajos, reco-

nociendo siempre la ventaja que en ellos y en ella tuvo á todo el mundo, como la tuvo en todas las virtudes, en las cuales se nos fué dado por dechado. Porque los ejemplos de hasta aquí no han salido de hombres puros; pero agora se comparan con los nuestros los trabajos de Dios, que son por sola esta razon infinitamente mayores, mayormente los de las injurias y afrentas; los cuales suelen tanto ser mayores, cuanto el que las padece tiene mas dignidad, y ninguna puede imaginarse que llegue á la del mismo Dios. Y de aquí se entiende lo que el Señor decia á sus discípulos cuando les daba esta razon para sufrir los trabajos que les esperaban: Si el mundo os aborrece, sabed y acordáos que á mí, que soy mas que vosotros, me aborreció primero; que esto quiere decir á mí primero que vosotros, mas principal que vosotros, como san Agustín declara aquello que del mismo Señor dijo san Juan Bautista: El que vino después de mí, fué hecho primero que yo; esto es, mejor que yo, y mas excelente que yo. Así hace Cristo el argumento aquí, no comparando igual con igual, sino argumentando de mayor á menor, como los dialécticos dicen; así como cuando dijo á los mismos discípulos en la cena: Vosotros me llamais señor y maestro, y decis bien, porque lo soy; pues si yo, siendo señor que lo puedo todo, y maestro que lo sé todo, os he lavado los piés, así os habeis de lavar los unos á los otros, que sois menos que yo. Así aquí dice: No os espanteis que os aborrezca el mundo, pues á mí me aborrece que soy mas. Y en otra parte hace el mismo argumento, diciendo: Si al señor de la casa llamaron Belcebub, ¿cuánto mas lo llamarán á los de su casa?

Esta manera pues se entiende el decir que la paciencia del Señor se nos dió por ejemplo de la nuestra todas las veces que en la Sagrada Escritura se dice, de las cuales un lugar es muy señalado en la primera epístola de san Pedro: Hermanos, Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigais por sus pisadas. Parece que enderezaba estas palabras el Apóstol á unos hombres que, viendo á Jesucristo haber padecido tantos males, no por sus culpas, sino por las ajenas, les parecia que, estando ya padecido lo que tanto era por las suyas, podian descuidadamente darse á todo regalo. Y díceles san Pedro: Amigos, nadie haga mangas de la pasion de Cristo, que no padeció lo que padeció para que vos holgueis del todo y volvais las espaldas á los trabajos, sino para daros ejemplo y ánimo para lo que habeis de padecer por vuestras culpas, pues él padeció tanto por las ajenas, y para que lo padezcáis con paciencia como él, que cuando le decian malas palabras no las volvia él, y cuando padecia, no estaba colérico ni amenazaba á nadie ni se la juraba. De manera que esta es una de las dos principales razones por que Cristo padeció, como dice san Leon, papa, cuyas palabras son estas: Del omnipotente Médico dos remedios tenemos aparados: el uno consiste en el sacramento ó misterio, el otro en el ejemplo, para que por el uno recibamos lo divino y en el otro paguemos lo humano. Porque, como Dios es el autor de la justificacion, así el hombre queda deudor de la devocion; que es decir que de dos maneras nos remedia el Señor con su pasion: la una redimiéndonos y perdonando nuestras culpas con su sangre, la otra

enseñándonos con este ejemplo á padecer trabajos con paciencia, con que merezcamos la gloria. Y de aquí es que, aunque por ser la persona de Cristo que padeció infinita, cualquiera gota de sangre era bastante á redimir mil mundos, por ser de infinito valor, como lo dice la Extravagante; y así pudiera con un solo suspiro redimir el mundo tan bastante y colmadamente como en su muerte; pero no quiso sino pasar toda la vida trabajos y fatigas, y morir afrentosamente en una cruz, porque no pretendia sola la redencion, sino dejarnos ejemplo de paciencia para padecer, como quien deja una planta donde vaya el oficial de la obra mirando y compasando el edificio; y á este ejemplo alude san Pablo cuando dice, escribiendo á los hebreos, después de haber nombrado los santos que padecieron: Por tanto (dice) teniendo tantos testigos como llovidos, dejando la carga de todo cuidado y congoja y las ocasiones de pecados que nos rodean, corramos á la pelea que nos está propuesta, sin poder excusarla, puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesucristo, el cual, aunque le dieron á escoger y pudiera desviar de sí los trabajos y muerte, y vivir con gloria y contento, sufrió y escogió la cruz, teniendo en poco la afrenta y deshonra que en ella padeció. Como quien dice: Si Cristo, sin tener para qué ni forzarle nadie, padeció y tuvo en poco la honra del mundo, que pues bastaba morir sin deshonra para su intento, murió deshonradamente, claro está que no hizo caso de las deshonras del mundo. Y por eso nota san Juan Crisóstomo allí que no dice, despreciando la tristeza, porque no murió con ella, pero, despreciando la deshonra con que murió. Pues si él pudiendo excusar esta muerte y deshonra, murió de voluntad, ¿cuánto mas los que no podemos excusarla la habemos de padecer alegremente?

Esto mismo repetia el Señor á sus discípulos muchas veces, diciendo: ¿No es el discípulo mas que el maestro? Si al señor llaman Belcebú, y lo sufre, ¿cuánto mas á sus criados y domésticos? Así que, una de las mas fuertes razones que tenemos para nuestro sufrimiento es poner los ojos de la consideracion en el que Jesucristo tuvo, con el cual esforzaba san Pablo á los hebreos á padecer, diciendo: Pensad y repensad en aquel que tal contradiccion recibió contra sí de los pecadores, para que no desmayeis en las vuestras, porque aun no habeis llegado peleando hasta derramar sangre como él. Y por eso padeció tanta variedad de trabajos, porque la habia de haber en muchos hombres, para que tuviesen todos en qué mirar para llevar sus penas y dolores, y no nos asombrásemos della; como san Agustín dice, que, así como el Señor, porque no codiciásemos ni amásemos el oro enseñó á menospreciar los dones ofrecidos, ayunó cuarenta días por quitarnos el temor de la hambre, y porque no temiésemos la desnudez mandó que no tuviesen sus discípulos mas que un vestido; así, porque perdiésemos el miedo á las tribulaciones, él las sufrió primero todas. Y en otra parte dice, hablando de su hambre y de la tentacion del demonio: Cuando el Señor hubo hambre, cierto la tuvo el mismo pan; como faltó el camino, como fué la sanidad herida y la vida muerta, entonces llega el tentador: Di que estas piedras se hagan pan. Respondió el Señor: Para enseñarte á tí á ven-